



Ciudadano Yago: Mancillar el honor de mis canas

POR NACHO CABRERA

Cuadro I. Introito

YAGO: Con la venia Señoría. Señores del Jurado. Como ejercicio irrevocable de justicia, en mi alegato final, espero como mínimo ser escuchado sin prejuicios de ninguna índole, como principio universal y constitucional, al que tiene derecho cualquier acusado. Declararé, no aquello que estime conveniente en mi amparo, sino la pura verdad.

Como origen de todo, hemos de empezar admitiendo y adquiriendo un compromiso de partida: Yago también fue víctima de una cacería humana. Como reclamo a su vida y principio de un texto, Yago nos pidió clemencia, compasión y misericordia.

Nunca contó con el favor de un público diestro en el manejo de la ecuanimidad y de la justicia universal, concepto éste tan minusvalorado en estos tiempos que corren. Nadie dejó nunca una puerta abierta a una mínima explicación y al menor argumentario a favor, ya no del propio Yago, sino de la misma incertidumbre, de la duda.

Desde que su nombre se pronunciaba, se desataba el más cruel de los acorralamientos sobre una figura aún más ennegrecida por nuestras propias conjeturas y velados prejuicios.

¿Quién se atreve entonces a juzgar a Yago?... Si el silencio nos invade, es justamente porque nuestra ética perece en el primer escupitajo de texto. Nosotros le defendemos, porque lo único que nos queda, es agitar a una sociedad que ya ha dictado sentencia sin escuchar al reo. Una saciada sociedad infectada de por el síndrome de los corderos, y el discurso medroso contra el distinto guiado por el Gallardón de turno.



"Ciudadano Yago", espectáculo con texto y dirección de Nacho Cabrera a partir de Shakespeare. Teatro La República (2013).



“Ciudadano Yago”, espectáculo con texto y dirección de Nacho Cabrera basado en “Otelo” de Shakespeare. Teatro La República (2013).

Cuadro II. El contexto músico-teatral

Ciudadano Yago es una constelación de inquietudes y emociones. Más que la palabra como camino, los es el espacio sonoro como tal. Lo es la música y los silencios también.

Desde el primer momento sabíamos que éste sería un monólogo (palabra y silencio) que iba a confrontarse con las notas de un violín (música). Y era evidente que en esa suerte de viaje, la música además de generar emociones, tendría que propiciar la creación de espacios tanto físicos como oníricos. La música iba a erigir tanto una calle oscura, como una noche de fiesta...

La música que evoluciona con el personaje, se fue construyendo a medida que el texto también iba naciendo de la boca del actor. Se hicieron pruebas en escena con distintas propuestas que el músico iba trayendo según los distintos planteamientos de la dirección. Un concienzudo trabajo, que a pesar de todo, había que oxigenar con el plus de improvisación que recorre el espectáculo, y más desde lo musical que desde cualquier otro ámbito.

Nunca nunca pretendimos que la música fuera meramente

descriptiva; siempre nos posicionamos en la concepción de una música que erigiera climas y atmósferas. Además necesitábamos una música que no estorbe al actor, y que siempre remara en su favor.

Shakespeare sólo nos había dado una referencia musical clara: “*La canción del Sauce*”, canción anónima de la época. Una melodía que es toda una premonición, ya que mientras Desdémona se prepara para irse a la cama la noche que pierde la vida en su lecho, comienza a bisbisearla.

Y no es casual esta canción en Shakespeare. En *Hamlet*, la propia Ofelia, al verse abandonada por el propio Hamlet, fenece ahogada en un arrollo después de caer de un sauce.

Esta canción original, junto a el *Capricho n° 5* de Paganini, acabó de cerrar nuestro círculo dramático en la escena de la muerte de Desdémona, milagrosa y cruel a la vez.

El resto de música, fue creada para el espectáculo desde el propio escenario. Y aunque en el proceso creativo, la música se incorpora en una fase posterior, siempre estuvo presente desde las primeras cuartillas de escritura original.

Cuadro III. Shakespeare vs. Yago

La universalidad de Shakespeare es una trampa. Quizás a botepronto, todo el mundo entiende que se puede poner en escena con siguiendo determinado tipo de recetas.

Nosotros, como ya se lamentaba Eliot, no conocemos a Shakespeare. “Fue deformado a lo largo de todo el siglo XIX, quedando reducido a la dimensión y universo particular de un papel de este o aquel actor. Hay que salvar a Shakespeare de los actores, y de los directores irrespetuosos, y de las compañías mas más desconsideradas e irreverentes”, decía.

Appia descubrió que el drama shakespiriano estaba pensado para la desnudez, y tal como también apunta William Poel, la mejor reinterpretación que hoy podemos hacer de la dramaturgia isabelina, es devolverla a un escenario neutro... Justamente éese, es el camino que hemos decidido seguir.

En ese entramado psicopatológico, destacan a grandes rasgos tres personajes claves y centrales en el drama. De entre ellos, es a Yago, al que históricamente adornan de una vileza sin límites, al que hacen balancearse en función de la situación del resto de perspectivas de los otros personajes. Es dueño de un discurso camaleónico que se adecua a las necesidades de su oyente. Conociendo casi a la perfección al moro, y sus debilidades, sentencia que si Desdémona pierde su credibilidad, el moro caerá en las garras de la incertidumbre y las más oscuras dudas.

No podemos negarle odio y envidia. Ello se erige como el elemento activador de toda la trama. Tampoco podemos negar que funcione con premeditación, además de ser un individuo paciente y escrupuloso plantando conjeturas y desconfianzas. Aunque desde su siniestra posición, se ubica más allá de la ley y el orden, no sabemos si Yago es equiparable a un depravado.

BRABANCIO: ¡Para mí, mi hija ha muerto!.. Ven aquí, moro: de todo corazón te doy lo que si no tuvieras ya, de todo corazón te negaría. Me alegra no tener más hijos, pues tu fuga me enseñaría a ser tirano y sujetarlos con cadenas. Con ella, moro, siempre vigilante: si a su padre engañó, puede engañarte.

¿Pero y a pesar de todo, dónde queda la presunción de inocencia?. Lo único que conocemos todos, el público asistente y tribunal de este proceso a Yago, es la versión comúnmente aceptada, y repetida hasta la saciedad.

¿No le daría más valor y profundidad a este personaje si le escucháramos y conociéramos sus motivaciones? ¿Quién ha escuchado la versión del propio acusado?. ¿Por qué aceptamos sin el menor atisbo de duda la versión oficial de los hechos?. ¿No es esto un fiel reflejo de la sociedad que nos ha tocado vivir?...

Desde la lectura base de G. Cinthio, cada cual ha ido añadiendo más y más negrura a una personalidad ya de por sí oscura. En la ópera del mismo nombre de Giuseppe Verdi, el autor del libreto, Arrigo Boito, alimentaba la bestia con tan magistral texto.

*Credo in un Dio crudel che m'ha creato
simile a sé, e che nell'ira io nomo.
Dalla viltà d'un germe o d'un atòmo
vile son nato.
Son scellerato
perché son uomo,
e sento il fango originario in me.*

Creo en un Dios cruel que me ha creado
símil a sí mismo, y a quien nombro en mi ira
De la vileza de un germen o un átomo,
vil he nacido.
Soy depravado
porque soy hombre,
y siento el fango originario en mí.

Nuestra posición de partida es una lectura actualizada del personaje y sus circunstancias, donde Yago defiende su posición en el drama desde preceptos más realistas y lógicos. Podríamos decir pues, que el Teatro La República da una oportunidad de defensa a Yago. Esa circunstancia toma cuerpo desde el propio texto de Shakespeare. *Ciudadano Yago* va a la búsqueda de la figura de ángel caído que representa el personaje de Yago.

No se busca la rehabilitación de la figura, sino la revisión de la figura a través de pruebas tangibles, con el objeto de que deje de percibirse desde un solo punto de vista, tan simple como injusto. Es el colofón final al proceso de humanización completo de Yago con la finalidad de que sobreviva más allá de los límites visuales de una fotografía sepia. Una imagen que en el fondo nadie conoce pero todos imaginan.

Y al final de la función, como teníamos previsto, se pone en marcha el último acto del drama, la soledad de todos y cada uno de los espectadores, jueces de un tribunal del tiempo ante la urna vacía.

Los resultados no pueden ser más dispares, la misma argumentación que permite que en algunas funciones el ciudadano Yago salga absuelto, en otra se vuelve su propia condena, aquella que lleva arrastrando a lo largo de más de 400 años. Sin embargo, no hay mucha disparidad de porcentajes, lo que nos reafirma en la falsedad de la popular frase de que “el tiempo pone a cada uno en su sitio”. Cuatro siglos después, aún no somos capaces de discernir claramente una posición u otra.

Y aún nos seguimos preguntando, ¿culpable o inocente de quéé?. ¿De los asesinatos?. ¿De la conspiración que desencadena el drama?. ¿De incitar a crímenes?. ¿De instigar?. ¿De querer vengarse de lo que considera una injusticia a su lealtad?. ¿De quéé?..

YAGO: Me llaman Perro y maestro de la crueldad. Todos me suponen alimentado de la envidia y la venganza. ¿De quéé se me acusa?. ¿De medir mis palabras, mis gestos y la interpretación que hago de lo acontecido?.

No se equivoquen, Otelo no es un hombre celoso, sino un hombre muy confiado que respondió furioso a la decepción.

Sospechamos de qué se le acusa. De promover la muerte, la discordia, el perjurio, la traición, la mentira y la envidia. Y hoy, en pleno 2014, hora es de que lo condenemos o absolvamos con los elementos que nos provee el estado de derecho y desde la presunción de inocencia.

Este espectáculo no va a limpiar el estigma de Yago. Ni si quiera sabemos si eso es realmente lo que queremos al final de todo. Nuestra función como cuasi forenses, es seguir adentrándonos en la espesura del selvático Yago, situarnos ante su cadáver para resucitarle o enterrarle, pero siempre desde la justicia social y la presunción de inocencia. En ese acuario de emociones, se nos aparece cada noche el fantasma del condenado que vuelve para reclamar justicia.

Cuadro IV. Un nuevo texto

Soy director teatral. Por consiguiente escribo para el escenario directamente, porque inherente a las líneas que van germinando, también lo hace el alma del personaje, el espacio requerido y las notas colaterales; asimismo le voy poniendo cara y gestos al personaje hasta que comienzo a ver al actor que va a dar vida al personaje. En ese crecer, vamos abarcando desde estudios técnicos teatrales a reflexiones personales, las cuales nunca son ajenas a la fijación de una posición política y social determinada.

Para un director que escribe, la obra comienza a tomar cuerpo desde el mismo momento en que se hace la primera lectura, con el latido de cada línea del texto. Escribir es el primer estadio de la puesta en escena, por tanto, el teatro escrito como tal no tiene sentido si su último fin no es la representación y la puesta en escena.

El texto de *Ciudadano Yago* ya está en las librerías. Después de ocho revisiones (sospecho que no será la última), y de once meses desde que leímos la primera versión hasta su estreno, llega la ansiada obra en tres idiomas y con las partituras musicales del espectáculo. Victoriano Santana Sanjurjo, nuestro impulsor a través de la Editorial Mercurio, sabía que no tenía entre sus manos un texto al uso. Consideró más interesante hacer una extraña simbiosis que cabalga entre el texto tradicional y una especie de libro mínimo de dirección.

Nos quedó claro desde el principio, que en sí mismo, este texto, era todo un reto para cualquier actor. Pero teníamos al mejor. Miguel Ángel Maciel amasó entre sus manos y enraizó en el interior de sí mismo al ciudadano en ciernes. Le acunó aún a sabiendas de que en la calle le señalarían como el padre del “anticristo”. Y de sus entrañas, nació la más bella criatura que pudimos imaginar.

No estamos precisamente ante un texto sencillo desde el punto de vista técnico: sobre la base del monólogo se producen numerosos desdoblamientos de personajes procedentes del

Otelo shakesperiano. Comenzaban a nacer y configurarse diálogos imposibles, que muchas veces se apoyaban en acotaciones, más propias en ocasiones de la narración, que del estilo directo teatral.

Y cada versión nos alejaba de lo inmensamente cómodo para someternos al placer de lo intensamente conflictivo, tanto en lo retórico como en lo social.

Quisimos huir desde el primer momento de lo ingenuo y lo superficial. Todo se nos volvió un texto con fuerzas, vigor, transgresión, ruptura, subversión, pero siempre desde un orden, siempre desde una coordenada perfectamente trazada.

El mismo Victoriano Santana analiza de manera clara, el eje de desarrollo del texto: “Un personaje, Yago, se dirige a un jurado para exponer su posición. Lo admirable de esta situación es que la posición del personaje no se sostiene a partir de un hecho contemporáneo al texto de Shakespeare, sino que se sustenta sobre los juicios que la figura teatral ha suscitado a lo largo del tiempo; o lo que es lo mismo, no se juzga tanto al Yago que ha quedado fijado en la memoria de los lectores como instigador, taimado, cínico..., sino a la pervivencia de este juicio a lo largo del tiempo, a la inclemencia que soporta el personaje por culpa de los prejuicios. Yago, ante Otelo, siempre es condenado sin remisión, incluso antes de que la propia lectura del drama se haya realizado. No se habla tanto, pues, de un juicio sobre una base sincrónica de unos hechos literarios, sino sobre el sustento diacrónico de unos acontecimientos amparados en lo que sería la crítica literaria”.

Cuadro V. La puesta en escena

En julio de 2013 se estrenó *Ciudadano Yago*. Con una sencilla escenografía formada por ocho módulos distintos de varias dimensiones y volúmenes, se crea un polígono irregular de diez lados y diez vértices. Un decágono de espacios y tiempos, sobre el que milimétricamente posicionado, se construyen cada una de las diez escenas que también componen el presente texto.

Es un montaje austero y sin artificios escénicos, cuyo protagonista comienza en un banquillo de acusados, y donde a modo de bucle, acaba en el mismo sitio desde donde arranca su alegato final.

Del mismo modo que la escenografía no es un único módulo inerte en el escenario, y que ésta toma vida a cada momento convirtiéndose en un elemento o en un espacio en combinación con el resto de los módulos, la música también es un elemento que propicia un nivel de interpretación que va más allá de la mera descripción del momento narrado.

En un tiempo dramático que confluye con el tiempo real, las muertes son iconográficamente representadas por pañuelos rojos, que tintan finalmente la blanca sábana que cubre el módulo el módulo central.

Desde la dirección habíamos planteado agarrarnos a los más básicos recursos del trabajo interpretativo. Profundidad en la interpretación, explotar la corporalidad del actor, multiplicar la significación de los elementos escenográficos para crear espacios y tiempos, querencia por el teatro de objetos, significación especial del espacio sonoro, etc....



“Ciudadano Yago”, espectáculo escrito y dirigido por Nacho Cabrera inspirado en “Otelo”. Teatro La República, Las Palmas (2013).

Por tanto, entraba dentro de la lógica del espectáculo el cruce de distintos conceptos que iban desde el violín que tomaba cuerpo hasta convertirse en la propia Desdémona, o el arco que hace las veces de espada, hasta la coreo con los módulos perfectamente marcadas, para justificar el movimiento de los mismos, después de haber venido de una de las escenas más violentas del espectáculo.

La propia filosofía e interpretación nos obligaba a no partir de premisas falsas. Los hechos que sucedieron, así como los acontecimientos de la ficción que hemos creado, fueron los narrados por Shakespeare. Otra cosa bien distinta fueron las motivaciones o si los testimonios aceptados hasta hoy, dicen toda la verdad.

En este honrado quehacer teatral, para qué engañarnos, no buscamos nada novedoso. Esas búsquedas, apestan a pasado y roñoso discurso de viejos que quieren parecer modernos. No hacemos concesiones en escena.

Soy amante de la agri dulce mezcla de la extrema velocidad, con silencios como acantilados infinitos, donde el ritmo se juega a

cortas distancias. Si todo ello propicia la oxigenación de la escena con movimientos amplios, la cosa se torna sublime.

Ciudadano Yago no está adornado con ningún final catártico ni ningún punto álgido donde se resuelva un nudo argumental, no. Nos gusta decir que el punto álgido, que la cima de nuestro espectáculo, se halla cuando el espectador queda sólo frente a la urna, donde debe decidir sobre la inocencia o culpabilidad del ciudadano en cuestión.

Apunta el editor de este texto, que “*el apogeo de nuestro Yago está en la soledad de una reflexión sobre el voto emitido, fuera de los límites del teatro, bajo un techo donde mora la cotidianidad. Ahí es donde la obra adquiere la fortaleza con la que ha sido compuesta*”.

Cuadro VI. Telón. Públicos. Golpe a la Conciencia

Durante el proceso de ensayos, Noemí, una amiga jurista visionó todo el trabajo. Estuvo presente analizando los elementos de defensa que aplicábamos a nuestro ciudadano. Nuestro triunfo fue

la convicción que de según lo contado, no había pruebas de cargo suficiente para condenarlo. Lo tomamos como una gran victoria.

El teatro es generador de opinión. *Ciudadano Yago* es una declaración de intenciones, es una defensa acérrima de los derechos de un ciudadano. Es la custodia de la vigencia de el concepto de ciudadano, tan fácilmente diluible por los actuales poderes del estado.

No nos conformamos con la versión oficial de los hechos, aunque algunos quieran marcarnos como revisionistas. A nuestro juicio, sólo hemos vuelto a la fuente, y hemos arrastrado hasta hoy una actualizada visión de la razón.

Al final, dar voz y un juicio justo al necesitado, también es un sumario contra aquellos que teniendo la posibilidad, se abstienen ante una urna. Antes de salir a la calle con su renovado traje de ciudadano, usted público asistente, ha de votar en conciencia sin que su libertad se vea condicionada por prejuicio alguno, o por la necesidad de obedecer a una regla suprema y eterna.

Nos gustaría que cada uno de nuestros espectadores fuera consecuente con el derecho que este texto le otorga a la hora de emitir el veredicto final del espectáculo que pudieron ver.

Es nuestra responsabilidad juzgar los prejuicios que el tiempo ha sedimentado en el personaje, como metáfora de una sociedad anquilosada.

YAGO: Soy inocente. No sólo soy inocente de los crímenes que se me imputan, sino que además nunca he derramado sangre más que en un campo de batalla. He luchado toda mi vida, desde que tuve uso de razón, por defender mi patria. Por pago me adelantan una ejecución, o en el mejor de los casos, un asesinato lento por largas prisiones hasta mi ancianidad.

En cada uno de nosotros anida un "Yago" que pugna por una salida silente y discreta. Por eso, nuestro objetivo no es otro que mostrar cualquier puerta donde el espectador pueda ver el letrado luminoso de *exit*, con independencia del espacio al que se llegue traspasado el umbral. Las puertas no son respuestas, sino preguntas.

República es un grato vocablo que aparece de manera instantánea. Tres palabras clave para entender la obra que nos convoca: justicia, igualdad y, más que progreso, evolución. ♦

